

PERDIMOS LA LUZ DE LOS VIEJOS DÍAS

ISAAC BELMAR



ACCESIT PREMIO OSCAR WILDE DE NOVELA CORTA



Ediciones
Irreverentes

PERDIMOS LA LUZ DE LOS VIEJOS DÍAS

Isaac Belmar

Puedes saber más sobre el autor y la novela (extras incluidos) en
<http://www.hojaenblanco>

Y seguir al autor en Twitter
<http://www.twitter.com/hojaenblanco1>

Ella

Fue el más tonto de los detalles el que lo rompió todo, el que me sacó para siempre de los raíles. Estábamos en el supermercado porque la acompañé a comprarse un cepillo de dientes, cogí unos y quedaron a la vista los de atrás.

—Me gustan más los colores de esos —señala ella con el dedo.

Y Míriam lo dice con la voz de niña más triste que jamás escuché. Una voz que me rompe en pedazos, como esas sopranos las copas. Todo lo que nos rodea también se derrumba; los estantes con los colores que le gustan, la luz blanca, las ofertas chillonas, todo. Hasta la música por los altavoces y los demás, los veo hacerse arena hasta que sólo quedan escombros y silencio. Y a mí me pasa lo mismo por dentro, me rompo y caigo, pero no dejo que ella lo vea. No puedo permitirlo.

—Claro, compraremos los otros —y la acerco a mí, que es pequeñita y está muy débil, pero ha insistido en que venía a por sus cepillos de dientes y venía.

La beso en la frente fría y la tengo a mi lado todo el tiempo, hasta pasar por caja y volver a casa. No me quiero separar y no quiero dejar de tocarla. Está tan fría y tan débil, he de darle calor y ser la fuerza que le falta. Ella va con sus cepillos de dientes en la mano, de los colores que le gustan más.

Primero me la quitó un gilipollas y ahora, para siempre, un maldito cáncer de encías. No sabía ni que eso existía, joder.

Y le tocó a ella, que nunca tuvo ni una caries y sí la mejor sonrisa, incluso cuando le dijeron lo del cáncer. Míriam le quiso dar la vuelta al guión, con ese optimismo que nunca tuve y siempre le envidié. No

era a ella, dijo, sino a la enfermedad a la que le quedaban unos cuantos meses de vida. Y la lucha fue a cara de perro.

Me hundí al conocer la noticia y tuvo que ser Míriam la que me consolara a mí en aquel momento. Qué vergüenza, no quise que eso volviera a pasar jamás.

—Quería que lo supieras, eres de los pocos que lo sabe —me dijo.

Ella siempre luchó como esos guerreros felices y tenía la convicción de que saldría bien, agarrándose a que los médicos hablaban de posibilidades.

La noche en que me enteré no dormí y al otro día nada tenía sentido tras el mostrador de la tienda. Durante los días siguientes intenté refugiarme dedicándome más a mis dibujos y mis historias, pero nunca me salvaron y tampoco lo hicieron esa vez. Todos moriríamos, no seríamos nada y Míriam no merecía hacerlo tan pronto, eso llenaba mi cabeza. Si los buenos sufren y hasta las huellas de los mejores se borran, ¿para qué coño vivimos entonces? Es algo que ya había pensado otras veces, pero nunca demasiado, hasta que la vida me golpeó donde más me duele, en Míriam.

—Cierro, me voy —le dije al tipo que me alquilaba el bajo en el que monté mi negocio.

—¿Te vas? ¿Dónde?

—Me voy.

Y eso hice, cerré la tienda y no la eché de menos ni un solo día.

Nunca he sido un optimista, soy demasiado miedoso para eso, así que tuve que construirme un coraje con mentiras. Cada día estuve con Míriam y cada día le dije que todo iría bien. Intentaba encontrar la parte positiva, porque pensaba que ser pesimista atraería a la mala suerte. Y pensar en positivo sirvió para lo que sirven esas cosas, para nada excepto parecer idiota. Los días pasaron y la suerte no vino. Con

el tiempo puedes percibirlo, ese momento en que cambia la marea, me refiero. El viento sopla en contra, la oscuridad se extiende y no es una cuestión de quién ganará la guerra, sino de cuándo se producirá lo inevitable. Sigues luchando porque no sabes hacer otra cosa, pero la derrota llega y lo sabes. De todos aquellos días, el de los cepillos de colores fue el que me rompió para siempre. Puedo sentirlo y no hay manera de pegar mis trozos.

Una vez pasamos por delante de una iglesia, en uno de los paseos que dábamos cuando ella tenía más fuerzas. Quiso entrar y se estaba bien allí, había calma, había serenidad, pero no había nada más. Un sacerdote salió, me preguntó y cuando se lo dije le preguntó a ella si quería que hablaran. Míriam respondió que bueno, encogiéndose de hombros.

—¿Qué tal con el cura?

—Bueno —me respondió a mí también a la salida, encogiéndose de hombros.

—Bueno, ¿qué? ¿Estás mejor después de hablar con él?

—No.

No mucho después comenzó el final. Ella estaba cada vez más débil, pero quería salir, sentir que aún podía hacer cosas, ir a comprarse sus cepillos de dientes. Yo insistí en los más caros y ella insistió en que para qué. Estaba muy cansada y le dolía un mundo lavarse la boca. Sangraba todo el rato por ella, comer era una tortura y había adelgazado mucho. La quimioterapia intentó matar al asesino y sólo incendió el bosque más rápido. Le dolía besar también, pero a veces aún lo hacía, besos suaves con una boca que operaron, algo que no pudo evitar que la enfermedad se extendiera a los ganglios del cuello. Esa fue la clave, dijo el médico, que el cáncer llegara hasta allí. Joder, cuántas cosas que desconoces te pueden matar.

Estuvimos juntos cinco años y medio cuando éramos unos críos y supongo que eso fue lo que lo hizo tan bueno. Si alguna vez me preguntaran cuál fue el amor de mi vida, pues Míriam fue y al final de todo quise sostenerla, tirar piedras a sus enemigos y esconderla para que no pudieran llevársela. Estuve buscando ese escondite de mil maneras, la mayoría demasiado locas para que pudieran funcionar.

Y ella me dijo que quería los otros cepillos, con esa voz de niña pequeña y cansada. Quiero los otros porque me gustan más sus colores. La pena me destruyó por dentro y para siempre. Soy ruinas, pero no pude dejar que lo viera. No era la primera vez que Míriam me rompía y en aquella ocasión tampoco dejé que lo viera, pero eso no importa ahora.

Hasta el último momento estuve con ella y le repetí que todo iría bien y que estaría a su lado siempre, en esta vida y en la siguiente. Sólo me quedaba ofrecerle mentiras y esperar que fueran buenas, porque la verdad de las cosas es una mierda. Que una buena chica con menos de treinta muera sin motivo, por algo que no te imaginas, esa era la verdad. Que el tío con el que estaba la dejó poco después de enterarse de lo del cáncer, esa era la verdad. Y mientras ella enfermaba sin saberlo, él ya se la pegaba con otras. Cuando Míriam le confrontó, el tipo dijo que la culpa era de ella, que claro, que con eso en la boca... Y tras dejar caer esos puntos suspensivos dijo que ya no le atraía, que le daba miedo (asco) besarla.

—Una vez le sorprendí —me contó Míriam—, tumbado en el suelo, mirando por una rejilla que hay en la parte de abajo de la puerta del baño de mi casa. ¿Te has fijado? Es una pequeña...

—Sí, la he visto —tenía poca paciencia con las historias sobre ese tío.

—Por ella espiaba a mi hermana mientras se duchaba —me dijo—. Allí, tirado en el suelo. Al verlo me di un susto, pensé que le había pasado algo, que se había desmayado y tenía convulsiones, pero lo que hacía era meneársela.

Esa historia fue la tercera vez en que quise matarlo. A pesar de cosas como aquella Míriam aún siguió con él y fue él quien acabó dejándola, porque el pobrecito no podía con lo que estaba pasando. Tenía que comprenderlo, le dijo también, que era demasiado peso para él, pues era joven, con una vida por delante y, en el fondo, la culpa era de ella.

¿Cómo podía comprender que esa es la gente que vive y que Míriam muera, sangrando por la boca, sin poder comer y llena de dolor?

Si ella se marchaba a mí no me quedaría nada, lo supe al descubrir que el violeta, el azul y el rosa eran colores que le gustaban más. Desde aquel momento en el supermercado no quise saber nada de una vida que se comportaba así. Me convertí en un cadáver que caminaba, abrazaba y mentía por Míriam mientras ella siguiera despertando. Luego ya veríamos, porque cada noche a su lado yo quería vengarme de una vida injusta. Si esa vida se me apareciera como el monstruo que es, me lanzaría a arrancarle el corazón con las manos. Eso era lo único que deseaba.

Eso y que Míriam se salvara, si ocurría, yo perdonaba a la vida.

Pero la vida nunca escuchó a nadie y no iba a empezar conmigo, así que Míriam murió y aquel momento lo tengo lleno de niebla. Sólo recuerdo que ella tenía la mano helada y a mí me daba miedo apretarla mucho por si le hacía daño.

Y aquel cabrón, que espiaba a su hermana en la ducha, vivía y no se dignó a aparecer por el entierro. No es que eso hubiera cambiado

nada, pero al menos hay que tener la valentía de engañar un poco, como yo hice con Míriam diciéndole que todo iría bien.

Yo

Yo no sé si importo. Ella se fue y hay quien dice que algunas de las mejores historias empiezan con esas tres palabras. Pero eso será en los libros, porque en la vida real destroza. De todas formas, ahí va.

Nací perdedor, hijo de padres que siempre vivieron para ahorrar. Con el dinero que me dejaron puse una tienda en la que nadie entraba. Al principio quería montar la mejor tienda de cómics de la ciudad y si no, al menos una librería, llena de madera, papel y escritores barbudos hablando de cosas. Acabé, no sé cómo, abriendo una tienda multiprecio, escobillas de retrete a un euro, auriculares que no funcionaban a dos.

Aún así, creí que era el negocio perfecto, porque en los muchos ratos muertos podría dibujar mis tebeos, que decía mi madre. Y pude, pero sólo conseguí un montón de páginas pintadas que nadie verá. Pronto me di cuenta de que no importan las horas sacrificadas, si falta talento, falta, y si falta suerte, algo que nunca tuve, pues terminas como yo.

Mis amigos y mi familia veían mis dibujos y todos me decían que lo que me pasaba es que nunca crecí. Pues me parece bien, porque crecer es darse cuenta de cómo funciona la vida. Yo seguía con mis dibujos y hablando de la futura mejor tienda de cómics de la ciudad, mientras no llegaba a nada, excepto a viejo.

Supongo que por eso Míriam me dejó, porque nunca tendría un buen trabajo, hipoteca e hijos. Sin embargo, excepto por el pequeño detalle de que ella no hubiera podido construir la vida que quería, éramos la pareja perfecta.

Al principio yo empujaba a mis historias porque seguía creyendo en el sueño. Dibujaba, iba con mi carpeta enorme a tiendas de cómics (en secreto les espiaba y anotaba ideas para la mía), también enviaba los escaneados a editoriales, pero nada. La mayoría no contestaba y las que sí, lo hacían con excusas flojas, para no decir que les parecían una mierda.

No podría contar las horas en las que me encorvé la espalda dibujando. Los demás trabajaban, yo dibujaba. Los demás salían por ahí, yo dibujaba. Los demás amaban (hasta Míriam amaba a cabrones que espiaban por rejillas) y yo, sí, yo dibujaba, pálido de no ver el sol, blando de estar siempre en una silla. Me pasé años empujando paredes que creía que eran puertas. Cuando pude abrir la tienda pensé que ahora sí, que podría mantenerme con eso, dibujar en los muchos ratos muertos y seguir creyendo en mi destino. A partir de un día, no sé cual, simplemente seguía dibujando porque no sabía hacer otra cosa.

Abría, iba a la tienda, dibujaba, cerraba y no quería mirar el dinero que había perdido. Van Gogh se fue con treinta y siete años y sólo vendió un cuadro poco antes de fallecer, vivió en la ruina y murió desconocido. No sé de dónde saqué la idea de creerme mejor que Van Gogh, de pensar que a mí me comprarían más obras que a él antes de morirme.

Me convertí en uno de esos estafados a los que dijeron que perseguir sus sueños bastaba. A menudo devoraba esos libros de autoayuda que te lo repiten y es que, suenan tan bien. Que si el Universo Conspira (así con una mayúscula) y que si el camino del corazón. Una vez soñé que iba por ese camino hasta un atardecer ocre y malva, como los que recordaba en las primaveras que viví en Valencia. Corría y corría feliz, como Dorothy por las baldosas

doradas. Hasta que me estrellé contra ese atardecer, porque resulta que estaba pintado en un muro. En ese sueño no paraba de salirme sangre por la boca y cuando me acuerdo aprieto fuerte los párpados, porque recuerdo a Míriam. Ella lloraba en silencio, limpiándose con dolor lo que le manaba y destrozándome el corazón.

Supongo que lo más destacable que hice en la vida fue querer a esa chica, así que lo hice hasta el final.

Ella era una niña normal, con sus cosas, pero buena y normal, lo cual comprobé después que ya era mucho, porque las pocas otras con las que tuve algún contacto, estaban completamente locas.

—Lo que pasa es que eres un pringado, que crees que no podrás conseguir otra chica —me dijo alguien una vez—. Por eso te agarras a la única que tuviste. No puedes vivir en el pasado, hombre. Te lo digo yo.

La gente gusta de tirarte y pisotear lo bueno que lleves entre manos.

—Es verdad —dijo otro—. En realidad es eso. Eres un pringado, no un romántico. Venga, pero si siempre hiciste lo que ella quiso. Siempre que necesitaba algo estabas ahí y nunca le dijiste que no. Hasta ella lo dijo una vez, que tenías que aprender a decir que no.

La gente no entiende la relación especial que siempre tuvimos.

—No es especial, sólo piensas que lo es porque no has conocido a otras. Así de simple, te falta experiencia.

Ese soy yo, me falta experiencia, supongo, todos mis amigos me decían esas cosas por mi bien. Alguno hasta estaba dispuesto a tirarse a Míriam, pero sólo como un favor hacia mí, claro, para demostrarme que tenían razón y ella no era especial. Daba gusto la época en que tenía amigos.

Todo esto dejó de importar el día que descubrí los colores favoritos de Míriam. Desde entonces ya no fui ese, sino un hombre obsesionado con vengarme aunque no supiera exactamente de qué, de la vida, supongo. Pero no sabía cómo se hacía eso.

Todos

No soy el único que ya no es el que era. A todos nos cambió Maat.

Nada es lo mismo desde la noche del fin del mundo. Así la llamaron, porque aquella roca espacial, bautizada Maat, iba a estrellarse contra la tierra y era inmensa, como un país, decían, pero yo pensaba que había países grandes y países pequeños y no sabía qué creer. Estaba todo calculado, nos daba de lleno y borrados de un plumazo sin que pudiéramos hacer nada. Aquellos fueron días extraños y la gente, a veces, aún pregunta: "¿qué hacías tú en la última noche del mundo?"

Yo nada.

Para mí la última noche fue como las demás. Estaba en mi piso diminuto, me metí en mi habitación, elegí las canciones que más me gustaban y me puse a dibujar, a la luz de un flexo y con una estufa vieja, que siempre me resultó acogedora. Quería que Maat me sorprendiera haciendo lo que siempre quise. No esperaba que se apiadara de mí porque me empeñé con mi sueño hasta el final, pero a lo mejor la historia que estaba dibujando le gustaba y luego me mataba con una sonrisa. Mi cómic iba de un meteoro que se acercaba a la Tierra y de cómo eran los últimos días en ella.

Original, lo sé, no me explico por qué nadie quería mis historias.

En realidad aquella no fue una noche de un hombre y su sueño, fue una noche de un hombre solo, como siempre, que tenía lápices entre las manos porque otra cosa no se iba a dejar acariciar.

Recuerdo que le mandé un mensaje a Míriam y le dije todo eso que siempre me callé por miedo. Le dije que me gustaría estar otra vez con ella, abrazándola y diciéndole que todo iba a ir bien, que yo la

protegería. Que si esto iba a terminar de verdad, no querría estar con otra persona. Pero en realidad era un hombre aterrado, que necesitaba ese abrazo y que todo eso me lo dijeran a mí. Ella no contestó, estaría pasando la última noche del mundo con el tipo que se masturba mirando por rendijas. Me pregunto si lo estaban haciendo en el momento en que Maat llegó. Mucha gente estaría haciéndolo, otra mucha salió a emborracharse, otra rezaba y otra le ahorra trabajo al asteroide, suicidándose cuando Maat parecía una enorme segunda luna en el cielo, pintando la noche de luz azul y fría.

Fueron días extraños y hasta esos fueron igual para mí. Recuerdo la histeria, recuerdo a los “maatianos”, los sectarios que empezaron a aflorar hablando del juicio final, pues esa roca la había mandado Dios.

—¿Qué Dios? —Le pregunté a unos que me pararon por la calle.

—Dios.

—Sí, pero, ¿cuál de todos?

A juzgar por lo mal que les sentaban las preguntas, supongo que eran una religión de verdad.

Siempre iban de tres en tres, muy pálidos, con trajes, pero viejos, como de enterrador antiguo. A veces llevaban plumas bordadas, su símbolo, y nunca vi chicas. Las chicas de esa secta no tenían el papel de evangelizar al resto, pero nadie sabía el papel.

Recuerdo que la historia que yo dibujaba aquellos días acababa bien. En ella nos equivocábamos, porque somos humanos, y en ese cómic nuestra imperfección nos salvó y el meteoro pasó de largo. En la realidad Maat entró en la Tierra como estaba previsto, pero se deshizo como un azucarillo en la atmósfera, porque al final estaba hecho de no sé qué material que desconocíamos, algo muy blando y muy raro.

Así que tras el fogonazo que lo iluminó todo como si nos hubiera caído el sol encima, aquella fue la noche del júbilo. También de muchos muertos por distintos motivos, pero del júbilo. Yo sonreí asomado a la ventana, como muchos otros que gritaban y reían y se abrazaban. Quise creer que a lo mejor mi historia tuvo algo que ver con que nos salváramos, que yo poseía un poder secreto que hacía que la realidad se alterara, para encajar con lo que dibujaba.

De verdad que no sé por qué no gustaban mis historias.

Pero bueno, el mundo siguió y lo hizo como siempre, sin mí. No recibí respuesta al mensaje de Míriam hasta tres días después, en los que me dijo que estaba bien y esperaba que yo también. Sin más. Y que a ver si nos veíamos alguna vez, pero pasaron meses hasta eso. Después de aquella noche abrí la tienda y mis días siguieron siendo iguales, pero los del mundo no, Maat nos cambió a todos.

Desde entonces la luz de nuestros días es extraña, pues ese material desconocido y raro debió reaccionar con la atmósfera y la cambió. Ahora todo parece una película vieja, un poco sucia y de colores más ocres, los de un atardecer que no se acaba. Cayeron muchos pedazos de ese material que no se deshicieron, uno lo hizo cerca de mi casa y era bonito, como un prisma de mil colores. Recuerdo que era tan maleable que podías tallar aquello con una hoja afilada. Busqué en Internet, compré un anillo, engarcé la piedra que tallé en él y la guardé para una ocasión que lo mereciera. Pensé dársela a Míriam, cuando venciera a aquel maldito cáncer.

Así que aún tengo ese recuerdo de uno de los pedazos de Maat que no se desintegraron.

Los “maatianos” tampoco desaparecieron, seguían por ahí, predicando. Hicieron lo que todo humano haría, huir hacia adelante en vez de reconocer que se equivocaron. Ahora dicen que el meteoro

realmente se estrelló, que en realidad todos estamos muertos y atrapados en un infierno y no en la vida que llevábamos, por eso la luz extraña de los días.

—¿Es que no lo ves? ¿Es que no lo ves? —me repetía uno que entró a mi tienda. Estaba muy pálido, como enfermo y con los ojos muy abiertos. Desde el fracaso de Maat se habían vuelto más radicales, se decían cosas horribles de ellos.

Salí del mostrador para pedirles que se fueran, a la manera repetitiva y débil de los cobardes, sin mirar demasiado y con muchos por favores de por medio. El tipo me cogió del brazo, repitiendo su pregunta.

—¿Es que no lo ves? Ocurrió y estamos todos muertos.

Me solté de un tirón y no me costó, porque están todos muy delgados, como si apenas comieran. A veces pienso que tienen razón, todos morimos y estamos en este infierno de colores rojizos y película vieja.

Al principio, cuando nos salvamos, nos dimos cuenta de lo importante que era la vida. Durante los días posteriores todo fueron buenas palabras en la televisión, la gente mostrando más cariño que nunca por sus familias, sus vecinos y los extraños, porque estuvieron a punto de perder su vida y la de los suyos, así que la valoraban. Pero luego fue peor. Nos olvidamos de la bala que pasó rozando y supongo que nos dimos cuenta de lo insignificantes que somos, de que esta vida es lo único que hay, no vale nada y puede terminar en cualquier momento. Así que ya no pensamos tanto en las consecuencias, no nos importa tanto la moral y hemos visto que no somos reyes de la creación, que no habrá cielo o infierno. O que si lo hay, como dicen los maatianos, ya estamos en él, así que no importa ya lo que hagamos.

Oigo más sobre violaciones, robos y asesinatos. Aunque no veo la tele e intento evitar los periódicos, pero oigo más. Nos creíamos especiales y éramos unos mierdas, ahora esa piedra nos mostró que sólo somos una mota de polvo y nos comportamos mucho peor que antes. Y es que es cierto, no hay consecuencias, da igual lo que hagas o como seas.

Otro de aquellos maatianos me cogió de la mano por la calle, diciéndome que yo veía de verdad lo que estaba pasando y que ellos conocían la única puerta de salida de este infierno. No sé si fue una descarga de estática o un escalofrío, pero se me durmieron un poco los dedos que me tocó. Los miré, moviéndolos. Estaban limpios de tinta y hacía años que no tocaban a una mujer.

El valor de la venganza

Cuando Míriam se marchó estuve sin comer tres días, con el pensamiento de seguirla donde hubiera ido. Se me metió en la cabeza que, aunque no pude esconderla de la muerte en ningún sitio, quizá podría rescatarla de ella. También pensaba que Míriam podía verme, ahí sentado como una estatua, viendo amanecer y anochecer y así otro día más. En silencio me pedía auxilio, que fuera a por ella y la trajera de vuelta.

El hambre y la falta de sueño hicieron que también la viera yo, o eso me pareció. Cruzaba por el final del pasillo a veces, fantasmal, sin mirarme.

Tras esos tres días comí algo de chocolate y descubrí lo que ya sabía, que no podía rescatarla y que soy demasiado cobarde para matarme. Pero al menos tomé dos decisiones más allá de ver salir y ponerse este sol medio apagado que nos dio Maat.

Una es que no emplearía más horas en dibujar, se acabó por fin, ya había sacrificado bastante tiempo en el altar de la nada. Mientras los demás vivían, yo dibujaba, de día y de noche, perdiendo amigos por el camino y olvidando cómo son las mujeres al desnudarse.

Me llenó el alivio de matar lo que amas y liberarme de lo que exigía. Al fin y al cabo, como a un Quijote, las historias que dibujaba me llenaban la cabeza de locuras; la de seguir a Míriam, la de rescatarla de la muerte y cosas así. Mentían esas historias románticas que sonaban bien, igual que cuando me decían que un día dibujar compensaría, que la gente admiraría mi talento y yo obtendría la adoración de muchos. Patrañas. Los sueños son parientes de la vida, unos cabrones a los que tampoco les importas.

Una vez dibujé una historia en la que viejos dioses, en los que nadie creía ya, tomaban la forma de sueños. Así podrían seguir viviendo, engañando y vengándose de los hombres, que dejaron de rezarles. Se meterían dentro de ellos y las personas creerían en sueños tan falsos y crueles como cuando esos seres tenían la forma de viejos dioses. No me extraña que nadie quisiera comprar mis historias, eran raras como su padre.

—Se acabó —dije en voz alta.

Rompí mis hojas, mi tableta de dibujar, las pinturas a la basura, las carpetas estrelladas contra la pared, sangrando papeles por todas partes. Luego los remataba en el suelo, haciéndolos pedazos. Destruí cada obra mía que tenía colgada y caí de rodillas, cansado por el hambre. Comí más chocolate, sentado en medio de los escombros de mi sueño. Y seguía rabioso, porque él me robó la vida y la vida me robó a Míriam.

De mi sueño me vengué abandonándolo como a un perro y se estaba bien, se estaba tranquilo y sin peso. Me quedaba la segunda decisión, ¿cómo puede uno vengarse de la vida?

En las buenas historias el héroe equilibra la balanza de la injusticia, en realidad se venga del villano y casi siempre por la fuerza, pero no quieren usar esa palabra porque les parece sucia, venganza.

Bajé y compré más chocolate y lo seguí comiendo con ansia.

“¿Cómo puede uno vengarse de la vida?” Me preguntaba, con los dientes marrones y espesos. Mi cerebro necesitaba dulces para pensar, así que abrí otra tableta. Siempre he comido muchos dulces y siempre he sido delgado, y muy blando, pero delgado porque mi cerebro consumía siempre mucha azúcar, de tanto que lo usé dibujando y pensando historias. Recuerdo el tiempo en que me

alimentaba casi exclusivamente de leche condensada y lamenté no haber comprado, ella me hubiera ayudado a responder la pregunta.

“¿Cómo me puedo vengar de la vida?”

“No te puedes vengar de la vida, vaya idiotez. La vida es intocable”.

“Pero es injusto”. Me refuté como un crío pequeño.

“Claro que lo es, es la vida”.

“Alguien tiene que darle su merecido”.

“¿En serio? ¿Cómo?”

“No lo sé, eso es lo que te estoy preguntando, maldito cerebro, que nunca me serviste para nada, joder, que mira dónde estamos”.

“No puedes tocar a la vida y deja ya de comer chocolate, te va a doler el estómago”.

“Cállate y contesta”.

“Ya lo he hecho, si no te gusta la respuesta, te jodes”.

¿Mantuve esa conversación preguntando y respondiéndome? ¿Lo hice en voz alta o pensando? No lo sé, no lo recuerdo bien.

“Voy a remediar esta injusticia, esto no va a quedar así”.

Creo que me reí de mí mismo.

“¿Voy a remediar esta injusticia? ¿Quién te crees que eres, un héroe o algo así? Pero si eres un pringado cobarde, que no ha podido ni abrirse las venas. Un héroe, ¿cuántos héroes ponen un todo a cien? ¿Y quién coño usa remediar hoy en día?”

“Pero, esto no puede quedar así. No puede”.

“Sí va a quedar, tú nunca has hecho nada. Dentro de dos días, cuando esto pase...”.

“No pasará”, me interrumpí, pero dio igual.

“Dentro de dos días, cuando esto pase”, proseguí, “no sabrás qué hacer. Deberías hacer las paces con la vida y arreglar la tuya, en vez de querer vengarte”.

“No. No me pienso reconciliar con ella”.

“Un día olvidarás a Míriam”.

Eso me jodió, me jodió que una parte de mí pudiera pensar eso. Hablaba como aquellos amigos que dejaron de serlo.

“No, no la olvidaré, nunca lo he hecho en todo este tiempo”.

“Y mira lo que bien que nos ha ido”.

“¿Qué quieres decir?”

“¿Qué quiero decir? Mira a tu alrededor”.

Sueños rotos, ¿y qué? Es lo mismo que rodea a los demás, sólo que ellos no quieren verlo.

“No voy a olvidarla”

“Pues quizá sea hora de probar eso”.

“No”.

Busqué entre los restos uno mis rotuladores finos, cuya punta no se hubiera roto al caer, lo alcé ante mí y luego extendí el antebrazo izquierdo, dispuesto a clavarme esa punta que no se quebró. Iba a atravesarme la piel y escribir bajo ella, con mezcla de tinta y sangre, el nombre de Míriam. Así no la olvidaría nunca. Pero fui a hacerlo y me dolió y la punta no se clavaba bien y mejor coger un cúter o algo así. Pero no encontré ninguno y en parte me resultó un alivio. Mi cabeza se rió de mí, por tener miedo y parecer una adolescente con rabieta.

“Puto perdedor”.

Me quedé sentado, con las piernas cruzadas y un pequeño punto sanguinolento, tatuado en mi antebrazo izquierdo.

“Ni siquiera sabes hacer bien eso”.

Fue terminar la frase, que no sé si la dijo mi cabeza o yo, pero me quedé a medio porque me eché las manos a la barriga. El chocolate empezó a darme cuchilladas. Fui encorvado hasta el retrete y hundí la cabeza en él, vomitándole sin parar. Me vacié, lo puse todo perdido, me quedé tirado abrazando al mármol manchado. Y entonces sonreí, porque tenía mi respuesta.

No podría ir a la vida y apuñalarla como ella hizo con Míriam. Pero sí podía ir hasta aquellos que usó para hacerla sufrir.

Lo único bueno que me enseñaron las historias que dibujé y leí eran el valor de la venganza. Muchos héroes nacieron de ella y yo siempre quise ser un héroe.

Me levanté con calambres en el estómago y una segunda decisión. Si la vida no era justa, yo tendría que hacer ese trabajo por ella. Todo el que alguna vez hizo daño a la pobre, pobre Míriam, había cometido el mayor error de su vida.

Ahora mis horas ya no las emplearía en dibujar, sino en seguir haciendo lo único bueno que supe, querer a esa chica. Y lo iba a hacer de la única forma posible, destrozando a los que la hirieron alguna vez. Sonreí ante el espejo, los dientes marrones de chocolate comido y vomitado.

Y como por algún sitio había que empezar, que fuera por su maldito último novio, mirón de rendijas.

Yo no nací para la violencia

La cuestión es, yo no nací para la violencia y eso es un problema para la venganza.

Sonó mi móvil, era Stephan y hay que poner bien el énfasis en la a al decir su nombre. Stephan habla siempre con un acento marcado.

—Stephan —le dije tranquilo.

—Hey. ¿Quieres oírlo?

Qué erres más marcadas las de Stephan.

—Quiero.

Y puse el altavoz del teléfono y lo dejé al lado de mi plato, que seguí comiendo con calma, porque ceno pronto al tardar mucho en masticar. Lentamente terminé un revuelto de espinacas con huevo, pasas, ajo y piñones. Me gustaba echarle unas pipas y más pasas, para que, como siempre en mí, sepa más dulce de lo normal.

Él gritaba al otro lado del teléfono, desesperado. Oía los golpes, las amenazas y cómo se le desgarraba la voz, cuando el grito quería llegar hasta donde estaba el dolor de la tortura de Stephan. Pero no podía subir tan alto, así que el chillido se partía a medio camino y se volvía una especie de sonido gutural. También me gusta echarle un poco de crema para café al revuelto, hace que el huevo esté más cremoso. Limpié el plato y los gritos seguían, junto con ruegos, con por favores y sollozos de “por qué” y de “no lo entiendo”.

—Yo tampoco entiendo muchas cosas, cabrón —dije en voz baja, pelando un par de mandarinas. No creo que me oyera y daba igual, yo no era importante.

A veces el tipo también gritaba que no quería morir. Pues mira, Míriam también lo hizo un par de veces, se le rompía el coraje y se

abrazaba llorando, diciéndome con desespero que no quería morir. Lo pedía por favor y a mí se me partía tanto el corazón que hasta mi cobardía tenía dignidad y, en esos momentos, me hubiera cambiado por ella sin pensarlo.

Stephan y sus muchachos son lo mejor, me dijeron, ex militares de uno de esos países que se disolvió en el este. Lo han hecho muchas veces, lo de arrancar gritos rotos a cabrones más duros que ese.

Me fui con el teléfono a la cama. Quería descansar, no había dormido nada en las últimas semanas y por primera vez, con gritos de tortura de fondo, con un poco de justicia acunándome, me quedé traspuesto y supongo que cuando Stephan terminó, colgó.

—No quiero que lo mates, Stephan —le dije cuando le conté lo que quería que hiciera.

—Tranquilo, que matarlo será lo mejor que le podría pasar.

—Por eso.

Le miré a los ojos con la respuesta. Stephan es como te esperas: espalda de guerrero, cuello de toro, nariz rota de boxeador y cabello rapado, homenaje a sus tiempos de uniforme. Fue una de las pocas cosas que resultó ser como creía cuando me metí en ese mundo. Yo no nací para la violencia, pero otros sí, lo cual está bien porque eso permite la venganza a gente como nosotros. Es una mera cuestión de dinero.

Mientras torturaba al ex de Míriam, Stephan cogía a veces el teléfono y me narraba lo que estaba pasando. Me pareció un buen detalle, porque al final los gritos y las súplicas eran tan iguales que desconectaba.

—Menos mal que no estás aquí —me dijo— y no tienes que olerlo. Se ha cagado en los pantalones.

Supongo que el equilibrio huele así.

—Lo siento por vosotros.

Se rió de mi comprensión.

—Estamos acostumbrados, todos se cagan. ¿Tienes alguna preferencia? ¿Quieres que le haga algo especial? El Papa me ha dicho que todo lo que quieras se hace. Todo. Sin subida de precio.

Stephan golpeaba las erres tan fuerte como al tipo que le gustaba mirar por rendijas. Pensé en algo, pero mi imaginación no sabía qué hacer con todo eso.

—Confío en ti, Stephan.

Y se reía. Antes me parecía horrible que alguien disfrutara con el sufrimiento y era de los que apartaba la vista de los telediarios. Pero ahora estaba bien, la venganza sabe dulce y el dulce siempre me gustó. Cuando era crío tenía un enorme tomo de mitología nórdica y aquel fue el libro que más leí. Ahora ese crío viene a decirme que los vikingos tenían razón, que la venganza es la forma de hacer justa una vida que por sí sola no lo es.

Le dije a Stephan que lo hiciera como mejor creyera, él era el experto, así que sólo le marqué unas líneas dentro de las que pintar.

Una. Que quedara vivo por encima de todo, porque la muerte no duele, lo que duele es que te hayan hecho daño y tener que seguir cada día.

Dos. Que quedara sin dientes. O al menos sin la mayoría.

Tres. Que quedara sin saber por qué le había pasado todo.

Eso era lo más importante y Stephan jamás le revelaría el porqué. Yo no supe por qué le tocó ese cáncer a Míriam y ella tampoco. Me lo estuvo preguntando todo el tiempo y me partía el alma no poder dar una respuesta, que nos permitiera comprender y seguir adelante. Ese idiota de las rendijas también tendría que estar a ciegas y ver que la vida, a veces, parece no tener sentido.

A partir de ahí, libertad creativa, que es importante. Yo siempre la quise cuando dibujaba mis cómics.

—¿Le hacemos lo que dijo el abogado? —Me preguntó Stephan por teléfono antes de dormirme.

Se me había olvidado lo del abogado, que no era abogado en realidad, era un asesor o algo así. Me pareció una buena idea.

—Sí, hazle eso también, gracias.

Se rió fuerte de mi educación.

—¿Gracias? De nada, hombre, de nada. Tú mandas.

Abrí los ojos casi diez horas después y no me había movido de la posición en que caí dormido. Por la persiana sin bajar del todo entraban rayos de luz y en ellos el polvo flotaba con pereza.

Fui una persona nueva en esos instantes de la duermevela, en la que no sabes aún qué vida te toca jugar. Luego te la reparten y recuerdas que lo de Míriam no fue un sueño, pero al menos no sentía el peso de dibujar dos páginas diarias y no había tienda que abrir. Además, me sentía poderoso, por fin algo de lo que había hecho tenía un efecto en el mundo.

Tras algo de venganza la vida parecía un poco menos mala, con algo más, quizá fuera hasta buena.